

MANUSCRITOS Y JUGUETES.
SOBRE EL *DIARIO DE MOSCÚ* DE WALTER BENJAMIN

DANIEL H. CABRERA
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

El bastón, las monedas, el llavero,
la dócil cerradura, las tardías
notas que no leerán los pocos días
que me quedan, los naipes y el tablero,

un libro y en sus páginas la ajada
violeta, monumento de una tarde
sin duda inolvidable y ya olvidada,
el rojo espejo occidental en que arde

una ilusoria aurora. ¡Cuántas cosas,
láminas, umbrales, atlas, copas, clavos,
nos sirven como tácitos esclavos,

ciegas y extrañamente sigilosas!
Durarán más allá de nuestro olvido;
no sabrán nunca que nos hemos ido.

(Jorge Luis Borges)

ENTRE EL HIELO EXTERIOR Y EL FUEGO INTERIOR

El *Diario de Moscú* de Walter Benjamin registra sus experiencias del viaje realizado a Moscú entre el 6 de diciembre de 1926 y el 1 de febrero de 1927. Hacia la década de los setenta del siglo pasado Gershom Scholem lo consideraba «una extravagante miscelánea» (Scholem, 1975, 199); sin embargo, 10 años después, cuando escribe el Prólogo a la publicación del *Diario de Moscú*, sostiene que «puede considerarse algo completamente único en su obra. Indiscutiblemente es el documento más personal y de la franqueza más absoluta y despiadada que poseemos de un período muy importante de su vida» (Scholem, en Benjamin, 1980, 7).

Esa franqueza «absoluta y despiadada» se desprende de un texto donde el «debate interno, franco y sincero» se conjunta con una «autoexamen de conciencia». A tal punto que «sólo aquí se habla de cosas que, por lo demás, no han te-

nido una sedimentación explícita en sus escritos» (ibídem). Llama la atención la lectura de reflexiones interiores tan sinceras y explícitas por la particularidad del carácter de su autor. Su amigo Scholem llegó a destacar «su manía por el secreteo» subrayando que «si mentaba alguna circunstancia de su vida, ello iba con frecuencia acompañado de una exigencia perentoria de absoluta discreción» (Scholem, 1975, 59).

Walter Benjamin fue un gran escritor de cartas en las que testimonia la vivacidad de su pensamiento y la inquietud de su alma. Sin embargo, la intención comunicativa y la consideración del destinatario moldean toda su escritura epistolar. No parece que su costumbre sea mentir en sus cartas, pero si se compara lo que escribe en las mismas épocas, por ejemplo a Scholem y Adorno, es evidente que no siempre muestra todo y en ocasiones destaca algunas facetas de una idea o de un episodio sin desarrollar otras.

La escritura del *Diario* aparece descarnada, sufrida, e incluso desorientada. El pudor se apodera del lector que parece asistir a la desnudez de quien se ha cuidado siempre de esconder su intimidad. Walter Benjamin se muestra en su ingenuidad, casi sin escudos ni retórica, su amor no correspondido, el frío, el hambre, la soledad, la incomunicación, su melancolía y tristeza. No sabría decir si «se muestra» es una expresión correcta porque no parece ser escrito para la lectura (aunque Benjamin le leyó, como era su costumbre con otros textos, algunos párrafos a su amada) (cf. Benjamin, 1980, 103).

En una postal enviada en enero de 1927 a Kracauer resume su sentir en semejante situación: «el hecho de haber tenido que arreglármelas aquí, durante semanas, con el hielo exterior y el fuego interior; espero que no en vano» (cf. Benjamin, 1980, 159).

En el manuscrito original del *Diario*¹ hay 39 pasajes marcados en lápiz, la mayoría de los cuales los incluyó en los artículos redactados durante o inmediatamente después del viaje (Benjamin, 1980, 17, nota 18). Pero estos pasajes describen las impresiones del viajero sobre la ciudad, la vida urbana, el comunismo real, el teatro y el cine ruso, la relación de todo ello con Europa, etc. En lo subrayado para su reescritura y publicación no hay notas sobre su persona o su estado de ánimo.

El *Diario*, por decisión de los editores, fue publicado después de la muerte de Asia Lacis pero aun así, la intimidad de la persona de Benjamin —a diferencia y semejanza de sus cartas— aparece allí sin tapujos.

¹ Desde el punto de vista material *Diario de Moscú* resulta de la transcripción de las anotaciones que se encuentran en el Archivo de Benjamin en Frankfurt del Main compuesto por 56 páginas en papel de escasa calidad («el papel, principalmente importado, es aquí tres veces más caro que en Alemania» consigna el 28 de diciembre, p. 63) escrito en tinta de color violeta en Moscú y terminado en tinta negra en Berlín (cf. Smith, Gary, en Benjamin, 1988, 165-166).

WALTER BENJAMIN Y LAS MALETAS

Los diarios personales —y el de Benjamin no es una excepción— son como las maletas, contienen los elementos más sublimes junto a los más cotidianos y vulgares. Los diarios, como las maletas, guardan un contenido heteróclito cuya comunidad sólo parece residir en estar reunidos allí por su autor. Sabemos, sin embargo, que esos trazos marcados por fechas o esos objetos contenidos en la caja de la maleta manifiestan secretas brisas de su escritor y viajero.

Los últimos días de su vida Walter Benjamin trataba de llegar a un puerto seguro para navegar a EE.UU., donde Theodor Adorno lo esperaba. No pudiendo cumplir con el cometido en Marsella se dirigió a España atravesando los Pirineos en dirección a Cataluña. Al llegar al paso fronterizo de Port Bou, no los dejaron pasar —a él y a sus acompañantes— por ser apátridas y no tener visado francés de salida. Al día siguiente los trasladarían a un centro francés, pero mientras tanto podrían pasar la noche en un pequeño hotel de por allí. Esa noche Benjamin se suicidó; al amanecer sus compañeros pudieron cruzar la frontera.

Años más tarde, Lisa Fittko, que coordinaba la travesía del grupo a través del Pirineo, comentó que Benjamin llevaba una gran maleta de cuero negro que para él «era lo más importante» porque contenía su último manuscrito: «lo principal es salvar el manuscrito, es más importante que mi propia vida» (Witte, 1985, 236-237; cf. Scholem, 1983, 215-219). Mucho se ha especulado desde esta información y las búsquedas, reales e imaginarias, se han sucedido sin cesar.

Trece años antes la narración de otro viaje terminaba con un Benjamin protagonista abrazado a su maleta, en la que llevaba juguetes y manuscritos. El 1 de febrero, el último día de su estancia en Moscú, termina su *Diario de Moscú* describiendo su preocupación por sus maletas. Despacha desesperadamente la primera porque «era absolutamente necesario que aquella maleta, en la que no solo iban los hermosos juguetes, sino también todos mis manuscritos, alcanzase el mismo tren para el cual tenía yo billete... Por fin lo logré» (Benjamin, 1980, 152).

Y un poco más adelante, las últimas palabras del *Diario*, que termina con una hermosa descripción como si fuera la escena final de un cuento o de un sueño: «con mi voluminosa maleta sobre las piernas, me dirigí llorando a la estación a través de las calles, en las que ya empezaba a anochecer» (Benjamin, 1980, 153).

Juguetes y manuscritos, el gran tesoro con el que regresaba Benjamin en su maleta, mientras sus lágrimas manifestaban lo que llevaba en su corazón. Lo que pudo haber sido y no fue, el amor no correspondido o, al menos, no correspondido como él lo había soñado. Detrás quedaba su contacto con comunismo real y, sobre todo, la ciudad de Moscú.

En el *Diario de Moscú* registra toda su experiencia de viaje: caminatas en medio de la nieve urbana, equivocaciones en la elección del transporte, encuentros

y desencuentros con importantes personajes, asistencias al teatro y al cine, algunas comidas y cenas, la descripción de su habitación, visitas a mercadillos y plazas, etc. Todo en medio de la melodía de un amor que no sabe cómo encajar, un amor nacido en la luz y el calor de Italia, pero en medio del helado invierno ruso.

Un amor que no sentó muy bien a sus amigos porque se dirigía a una mujer libre e inteligente frente al cual Benjamín parecía quedar como un tonto. No solo por la asimetría de su amor, sino también por su influencia en la tarea intelectual (ella llegó a sostener: «el que Benjamin no haya ido a Palestina, puedo decirlo justificadamente, fue obra mía» (Asia Lacis, citado en Buck Morss, 1989, 39)).

Todo el diario está entretreído por los comentarios de Benjamin ante la falta de intimidad con Lacis —estaba internada y él compartía habitación con el amante de ella—, relativa indiferencia, su propia indecisión, etc. Las citas de todo ello abundan, casi cada día, pero el lector prefiere acompañar para tratar de entender un alma desnuda.

Benjamin llegó a Moscú después de un largo viaje de dos días con regalos para Asia Lacis, entre los que sobresalía el manuscrito de *Dirección única*, que sería publicado al año siguiente. La mañana del 8 de diciembre anota: «le di regalos, le mostré fugazmente mi libro con la dedicatoria... también le enseñé (y regalé) la cubierta del libro hecha por Stone». La dedicatoria decía: «Esta calle se llama *calle de Asia Lacis* por la que, cual ingeniero, ella abrió en el autor».

Esta dedicatoria, leída en uno de los pocos momentos que pasaron solos en Moscú, tiene unas resonancias que parecen avergonzar a los amigos Adorno y Schollem. Benjamin, el que hacía sentir a sus amigos como un niño (Adorno, 1955, 562), el asceta «que dominaba sobre su propio yo como pocos», aquel cuya escritura pretende no revelar nada (cf. Adorno, 1966), aparece en su *Diario*, por lo menos, como un amante desorientado y un viajero desconectado por no saber el idioma.

El día 23 de diciembre escribe sobre el día 20 y registra algo muy interesante «sobre Asia y nuestra relación a pesar de que Reich está sentado a mi lado», y sigue: «estoy ante una fortaleza inexpugnable. Me digo, no obstante que mi simple aparición frente a esta fortaleza que es Moscú ya constituye un primer éxito» (Benjamin, 1980, 44). La «fortaleza inexpugnable» ante la que se planta es la ciudad de Moscú y su amada, ambas guardan sus secretos de manera que el visitante y el intérprete deben esforzarse si desean revelarlos.

MOSCÚ, LO OTRO DE EUROPA

En su artículo sobre Moscú sostiene que «en el instante en que uno llega comienza la etapa infantil porque a causa del hielo de las aceras uno tiene incluso que aprender a caminar de nuevo» (Benjamin, en Buck Morss, 1989, 292). En el

Diario consignó algo similar que podría corresponder a este comentario del artículo. Lo escribió al segundo día de su llegada (el 11 de diciembre) y es la primera referencia a la ciudad de Moscú: «en los primeros días, lo que más me condiciona es la dificultad de acostumbrarse a andar por las calles completamente heladas. He de prestar tanta atención a los pasos que doy, que apenas puedo ver lo que me rodea» (Benjamin, 1980, 23).

Algo aparentemente tan banal como la dificultad de caminar en la nieve se convierte para Benjamin en un indicador clave para interpretar la ciudad de Moscú. De hecho esta impresión es la primera frase que consigna sobre Moscú después de dos días de haber llegado.

A Benjamin, el gran viajero, Moscú le resulta una experiencia novedosa. Moscú es lo otro de Europa, tal vez hoy se podría decir que Benjamin experimentó lo que desde hace unas décadas se llama interculturalidad. El experto en la modernidad europea estaba ante otra cosa. Fue posiblemente su principal experiencia de algo diferente a «Europa». No solo porque «es la única ciudad en kilómetros» y «la carestía de la vida es inimaginable» como le escribe a Scholem el 10 de diciembre (cf. Benjamin, 1980, 157-159), sino también por la cultura, la particular crudeza del invierno, la lengua, el uso del tiempo, los colores, la arquitectura, las plazas sin estatuas, los mercadillos con coloridas artesanías, etc.

El registro de las impresiones del viajero abunda a lo largo del *Diario*, pero no lo hace por mera curiosidad o por extrañeza de turista, sino porque está convencido de que «aquel que penetre en mayor profundidad dentro de la situación rusa se sentirá mucho menos impulsado a realizar abstracciones a las que tan fácilmente llega un europeo» (Benjamin, 1980, 143).

Lo concreto es una invitación de la situación y también una de las claves de la perspectiva benjaminiana por «sacar a la filosofía del *desierto helado de la abstracción* y transportar el pensamiento a imágenes históricas concretas» (Adorno, 1955, 252). Scholem lo comenta en su *Historia de una amistad* en clave biográfica:

Su íntima relación con las cosas que poseía, como los libros, obras de arte o productos de artesanía, a menudo de origen campesino, era evidente. A lo largo de todas las épocas en que le he conocido, siempre le gustó mostrar tales objetos al visitante, dárselos a tocar y entregarse a toda clase de comentarios, como fantaseando a la manera de un pianista (Scholem, 1975, 7).

Y más adelante destaca que «durante los años veinte era perfectamente capaz de mostrar los juguetes destinados a sus hijos a la luz de consideraciones filosóficas» (Scholem, 1975, 78).

Benjamin busca experimentar la ciudad de Moscú desde lo concreto, empujando por la propia ciudad que recorre siguiendo una indicación metodológica:

Un lugar no se conoce hasta no haberlo vivido en el mayor número posible de dimensiones. Para poseer un sitio hay que haber entrado en él desde los cuatro

puntos cardinales, e incluso haberlo abandonado en esas mismas direcciones. De lo contrario le puede saltar a uno, inopinadamente, tres o cuatro veces, en la mitad del camino antes de haberse preparado para toparse con él. En un segundo estadio, uno ya no busca y lo utiliza como punto de orientación (Benjamin, 1980, 32).

Un primer recorrido resulta de buscar entrar en los lugares por sus cuatro puntos cardinales e incluso luego, abandonarlos en esas mismas direcciones. Mapear sistemáticamente al ciudad, organizarla hasta convertirla en un territorio conocido en el que, segundo momento, utiliza diferentes lugares como referencia de próximas caminatas. En otra parte hace una recomendación para el caso de no ubicarse:

Importa poco no saber orientarse en una ciudad. Perderse, en cambio, en una ciudad como quien se pierde en el bosque, requiere aprendizaje. Los rótulos de las calles deben entonces hablar al que va errando como el crujió de las ramas secas, y las callejuelas de los barrios céntricos reflejarle las horas del día tan claramente como las hondonadas del monte (Benjamin, 1982, 15).

En el párrafo del *Diario* citado anteriormente sostiene la posibilidad de que a uno le pueda saltar de golpe e incluso de manera reiterada cuando no se va preparado. Ahora lo deja más claro, caminar la ciudad, perderse en ella como quien se deja llevar por los indicios y las huellas de un bosque que se conoce pero que no se sabe quién ha pasado por allí. Benjamin quiere conocer la ciudad, ser capaz de orientarse en ella para poder seguir los rastros de sus habitantes y sus vidas. El *Diario de Moscú* es el testimonio del camino y del caminar de Benjamin y su lectura permite adentrarse en el mundo de la búsqueda, la duda, las sorpresas, los sentimientos encontrados, la falta de definición.

La afirmación y la argumentación encuentran su espacio en el texto acabado; la falta de definición podemos encontrarla en los «textos menores», entre ellos, las cartas y, sobre todo, el diario personal. Si esto es cierto en general, mucho más lo es para el *Diario de Moscú* de Walter Benjamin. Se podría decir entonces que los 39 pasajes marcados y que luego fueron parte de algunos de los artículos escritos en aquel viaje (e inmediatamente después) son el testimonio de las huellas identificadas por Benjamin de la ciudad de Moscú. Fuera de ellas parece quedar la duda, la desolación, la soledad, el desamor, la incertidumbre. Los párrafos marcados constituyen entonces las referencias de la urbanización benjaminiana.

Llega a Moscú por su amor Asia Lacis, debe decidir si quiere casarse con ella y su posible ingreso en el comunismo. Esto es lo anunciado, lo perseguido y lo que finalmente pospone sin decidir. Pero lo que parece seguro es que Moscú le da una *nueva óptica* para ver Europa. Al llegar a Berlín termina de anotar sus entradas en el *Diario* y el 5 de febrero escribe sobre el 30 de enero

Para el que llega de Moscú, Berlín es una ciudad muerta. Las personas que van por la calle, le parecen a uno ir desconsoladoramente en solitario, a gran distancia las unas de las otras, y solas en la mitad de un amplio trecho de la calle. Por otra

parte, el lugar por el que tuve que pasar para ir a la estación del Zoo a Grunewald me pareció muy limpio y reluciente, desmesuradamente pulcro y desmesuradamente confortable. (Benjamin, 1980, 142).

Recién llegado a Berlín redescubre la ciudad como «desconsoladoramente» solitaria, «desmesuradamente» pulcra y confortable. El viajero, impactado con la llegada a una nueva ciudad, Moscú, descubre que todavía es mayor al regresar a su ciudad. La comparación de la llegada era extrañeza, la comparación del regreso es una nueva óptica, un nuevo punto de vista

Con la imagen de la ciudad y de la gente ocurre lo mismo que con la imagen de los estados del espíritu: la nueva óptica con la que uno las percibe es el resultado más incuestionable de la estancia en Rusia. Por muy poco que se llegue a conocer este país, uno aprende a observar y a enjuiciar a Europa con el conocimiento consciente de lo que acontece en Rusia [...] la estancia en Rusia es, por otro lado, una piedra de toque tan precisa para el visitante extranjero. Obligaré a cualquiera a elegir y precisar con toda exactitud su punto de vista... Aquel que penetre en mayor profundidad dentro de la situación rusa se sentirá mucho menos impulsado a realizar abstracciones a las que tan fácilmente llega un europeo (Benjamin, 1980, 142-143).

No es sólo por el comunismo soviético que reflexiona en este sentido. La nueva óptica y la elección precisa del punto de vista se relacionan con el alejamiento de la abstracción con el consecuente acercamiento a lo concreto como, por ejemplo, lo que sigue inmediatamente a lo citado en el texto benjaminiano: vendedores mongoles, jaulas hechas de papel brillante con pajaritos de papel en su interior, papagayo «de verdad», una mujer que vendía artículos de lencería que guardaba en un cesto, columpios infantiles... y sigue:

Puede decirse que Moscú se encuentra liberado del tañer de las campanas, que hace que las grandes ciudades se sientan invadidas, de costumbre, por una irresistible tristeza. Esto es también algo que sólo se nota y se aprende a estimar tras el regreso (Benjamin, 1980, 143).

A principio de enero había anotado que

Moscú es la más silenciosa de todas las grandes ciudades... hay pocos coches... pocos periódicos... Por último, los gritos de los vendedores tampoco son aquí muy fuertes. La venta callejera es ilegal y trata de pasar inadvertida... Sólo hay una casta que pasa haciendo ruido por las calles: la de los traperos, con su saco a la espalda; su llamada melancólica recorre las calles de Moscú una o varias veces por semana (Benjamin, 1980, 86).

Las ciudades europeas llenas de ruidos parecen convocadas a la tristeza por las campanas; Moscú, ciudad silenciosa, por los traperos. Las comparaciones hacen sufrir al viajero llegado en diciembre a Moscú por diversas cuestiones diarias. Por ejemplo, el uso del *tiempo*: «temía llegar demasiado tarde, pues aún no me he acostumbrado a la noción que los rusos tienen del tiempo» (Benjamin, 1980, 53) o

unos días después: «creo que en ninguna ciudad hay tantos relojeros como en Moscú. Cosa tanto más extraña cuanto que la gente aquí no se toma el tiempo demasiado en serio...» (Benjamin, 1980, 61-62).

El desconocimiento del *idioma* fue un elemento importante en su valoración de la ciudad y del comunismo: «me he resignado a arreglármelas con el poco ruso que soy capaz de chapurrear. [...] El desconocimiento del ruso nunca me había resultado tan molesto y torturante como el día de Navidad [...] no hablaban más que ruso...» (Benjamin, 1980, 56-57).

Tiene problema de comunicación porque no conoce el idioma, se pierde en su andar por la ciudad, el frío le hace sentirse incómodo, el cansancio de tanto andar le hace doler la espalda... pero Benjamin alcanza a conocer la ciudad de Moscú. Capta lo que le convierte en única a esta ciudad. Y no es tan claro que ello provenga de la política.

Su balance político es ambivalente, le llaman la atención elementos como que «el culto con fotos de Lenin, en particular, llega aquí a extremos insospechados» (Benjamin, 1980, 65); y, sobre todo, que «lo revolucionario no les llega como experiencia, sino en forma de consigna» (Benjamin, 1980, 69). Por ello destacará que el comunismo está más preocupado por las reformas técnicas que por cambios sociales. Y de hecho la mayoría de intelectuales que conoce participan de la oposición cultural de izquierda. En una discusión con Asia ella parece dejárselo muy claro:

Me dijo que no conozco Rusia en absoluto... poco a poco se había ido dando cuenta de lo que estaba sucediendo allí: la transformación del trabajo revolucionario en trabajo técnico. En la actualidad, cualquier comunista comprende que el trabajo revolucionario del momento no es la lucha, la guerra civil, sino la electrificación, la construcción de canales, la creación de industrias... (Benjamin, 1980, 104).

En este contexto no resolvió su ingreso al partido; los motivos los evalúa en su diario:

Sigo considerando mi ingreso al Partido. Ventajas decisivas: una posición segura, la virtualidad de un mandato. La garantía de un contacto organizado con gente. Argumentos en contra: ser comunista en un Estado bajo el dominio del proletariado supone renunciar completamente a la independencia personal (Benjamin, 1980, 94).

Y unas líneas más abajo toma en consideración el ejemplo de los intelectuales que conoce: «la posición de pionero sería tentadora si no existieran en ella compañeros cuya actuación demostrase a uno mismo, en todo momento, lo dudoso de tal posición» (Benjamin, 1980, 94). Su libertad e independencia pesan sobre las posibilidades de ingresar al partido por más comodidad y poder que esto pueda otorgarle. La prioridad la tiene su trabajo «especializado» y sus viajes, por

ello piensa en quedarse fuera «sin pasarse a la burguesía, o en detrimento del propio trabajo».

Su trabajo está tomando forma en esos años con una influencia decisiva no solo del comunismo sino también del surrealismo y se concretará unos meses después con los primeros borradores del proyecto sobre *los Pasajes*.

ENAMORAMIENTOS BREVES PARA HUIR DE LAS ABSTRACCIONES

Camino a su proyecto inacabado debe escapar de la abstracción como método y lo explicita en una carta a Buber explicándole su enfoque del artículo que escribiría sobre Moscú:

... Toda teoría será mantenida alejada de mi presentación. [...] Quiero presentar a la ciudad de Moscú en el momento presente de tal modo que «todo lo fáctico ya es teoría» (la frase es de Goethe), evitando toda abstracción deductiva, toda prognosis e incluso de ciertos límites, todo juicio... (Benjamin, carta a Martín Buber, 23 de febrero de 1927, en Buck Morss, 1989, 45).

Con esta perspectiva redacta numerosas listas y descripciones de objetos que toman peso específico en la redacción del *Diario*. «El inventario de las calles es inagotable»: porcelanas, gafas, trineos para muñecas, ramos de Año nuevo, flores de papel («me gustaría escribir sobre *flores en Moscú*»), dulces adornos de azúcar, múltiples juguetes...

... aquí la gente deja simplemente su mercancía sobre la nieve. Hay cerrojos viejos, varas de medir, herramientas, utensilios de cocina material electrotécnica y muchas cosas más [...] encontré finalmente mi samovar como elemento decorativo para el árbol de Navidad [...] hay imágenes de santos... al estilo antiguo, en la cual aparecen estampados con troquel los pliegues del manto de la Virgen. Sólo la cabeza y las manos son superficies coloreadas. También hay cajitas de cristal... (Benjamin, 1980, 87).

Las descripciones de edificios, calles, aceras, mercados, barrios del extrarradio, etc. de la ciudad no llegan a los vívidos detalles con que se aplica a la descripción de los objetos. Entre los muchos que hay destacaré el episodio de las cajas lacadas, que citaré extensamente (el destacado es mío).

(11 de enero). [...] Ese día por la mañana compré la primera *caja lacada* (en la Petrovka). Hacía ya algunos días que, como suele ocurrirme a menudo, cuando iba por las calles *sólo me fijaba en una cosa*: en este caso, en las cajas lacadas. *Un enamoramiento breve y apasionado. Quisiera comprar tres*; aún no tengo muy clara *la adjudicación* de las dos que ya tengo. Ese día compré *la cajita de las dos muchachas sentadas* junto al samovar. Es *muy bonita*; aunque *sin que ese negro intenso* que es con frecuencia lo más bello de estos trabajos aparezca por ninguna parte (Benjamin, 1980, 97).

Y continúa:

(12 de enero). Ese día compré en el Museo Kustarny una *caja mayor en cuya tapa aparecía pintada, sobre fondo negro, una cigarrera*. A su lado hay un arbolito muy delgado y, junto a este, un niño. Es una escena invernal, pues en el suelo hay nieve. La de las dos muchachas también podría hacer pensar en un ambiente nevoso, pues el cuarto en el que están sentadas tienen una ventana por la que parece verse un aire azul helado. Pero no es seguro. Esta nueva caja me ha resultado mucho más cara. *La elegí entre un gran surtido; había también muchas cosas feas: copias serviles de antiguos maestros. Especialmente caras parecen ser las cajas que tienen una capa dorada* (que se remontan, al parecer, a modelos más antiguos), pero a mí *no me gustan*. El *motivo de las cajas mayores* debe ser bastante reciente; en el delantal de la vendedora, por lo menos pone «Mosselprom». Recuerdo que una vez estuve un largo rato frente a un escaparate de una tienda muy elegante de la Rue du Faubourg Saint Honoré mirando cajas como estas. Pero entonces rechacé la tentación de comprar una con la idea de que fuese Asia quien me la regalase, o que, al menos procediese, tal vez, de Moscú. *Esta pasión mía proviene de la gran impresión que siempre me causó una caja semejante que había en la casa que Bloch tenía con Else en Interlaken; desde entonces puedo imaginarme la impresión tan imborrable que dejan en los niños tales imágenes sobre fondo lacado de color negro*. Pero el motivo de la caja de Bloch ya lo he olvidado [...] (Benjamin, 1980, 97-98).

Benjamin que había comentado su método para conocer ciudades, ahora aclara otro punto personal: suele caminar fijándose en una cosa. La fijación de su caminar le da un objetivo, en este caso, las cajas lacadas: cuantas serán, a quién se las regalará, el motivo del dibujo, el color, el tamaño, el precio, la belleza y el gusto personal. Esa fijación constituye «un enamoramiento breve y apasionado», pero enamoramiento. Su relación con los objetos, por breve que pueda ser el momento de la fijación, es del orden del enamoramiento porque no llega a ellos por pura casualidad sino siguiendo huellas de allí que al comprar comenta comenzando con «recuerdo» que en este caso es particularmente detallado.

«Recuerdo» que tiene dos momentos. El primero, París, tienda elegante por la que se asoma a través del escaparate para ver con detalle pero deseando que su amada Asia se lo regalara procedente desde Moscú. Pero aún más antiguo, un recuerdo que procede del año 1919 en la casa de su amigo Bloch en Suiza (lo conoció en marzo o abril de aquel año) (cf. Scholem, 1975, 133) y que impresionó a Benjamin. Y con ello regresa aún más, a la infancia y a las imágenes, a cómo se sentirán impresionados por tales imágenes sobre fondo negro.

El recuerdo aparece en capas de profundidad: París y su amada Asia; más atrás, la casa de su amigo hasta llegar al enfoque teórico: la perspectiva de la infancia que permite remontar el recuerdo del individuo al «arcaico mundo simbólico de la mitología» (Benjamin, 1982, 464, fragmento N2a, 1). Para Benjamin el objeto —sobre todo la técnica— solo puede ser entendido estableciendo las

correspondencias entre él y el pasado de la humanidad. El objeto deviene imagen dialéctica, en la cual «lo que ha sido de una determinada época es sin embargo a la vez «lo que ha sido siempre».» (Benjamin, 1982, 466, fragmento N4, 2).

Benjamin en su diario describe objetos y su relación con ellos como perdiéndose en lo concreto y lo particular y extraerle, sin mediación teórica, su misterio. El enamoramiento breve y apasionado con las cajas lacadas es sólo un ejemplo de la actitud que Benjamin demostrará en su obra. Un enamoramiento semejante al que sentía por Asia, que lo llevaba a un situación curiosa: «es algo que me ocurre con frecuencia: la miro de una forma tan intensa, que apenas oigo lo que dice» (Benjamin, 1980, 29).

EL *DIARIO*, UN TEXTO EN SUSPENSO

Se puede leer el diario de Benjamin por diversos motivos: comprender la relación de su pensamiento con el comunismo; seguir su relato de viajero por la ciudad, o su descripción del comunismo soviético, realizar una larga lista con todas las obras de teatro, conciertos y películas que vio y escuchó en esos días, etc. pero en todo el escrito puede verse el vacilar y la ambigüedad de un pensador reflexionando su ingreso al partido comunista y al amante considerando las posibilidades con la persona amada. Ni uno ni otro. Benjamin no ingresó porque prefirió la libertad intelectual —tampoco viajó a Jerusalén—, pero sobre todo dejó su amor en el aire. Con Asia Lacis volvería a encontrarse en Alemania, pero los caminos se separaron definitivamente en 1929. Benjamin se aferraría a sus investigaciones, Lacis se casaría con Reich.

El *Diario de Moscú* comienza con una inquieta llegada a destino y termina con su taciturna partida. En medio, 150 páginas (en la edición española) donde todo lo relacionado con su vida permanece en el aire dejando insatisfecho al lector tanto o más que al autor. No hay desenlace, ni hay culminación, solo un *mientras-tanto* que permite una comprensión única de su persona y de sus pasiones. Un texto en suspenso.

Al irse, extrañó muchas cosas de Moscú. Entre lo que echo de menos está la amplitud del cielo dibujado por un horizonte de construcciones urbanas de baja altura

En los últimos días he notado también otra cosa: no es únicamente la nieve lo que podría hacerle a uno añorar Moscú, sino también el cielo. En ninguna otra gran ciudad se tiene tanto cielo sobre la cabeza. Esto se debe a la altura de las casas, con frecuencia muy bajas. En esta ciudad se siente siempre el amplio horizonte de la llanura rusa (Benjamin, 1980, 130).

La nieve bajo ese cielo azul coloreada por las artesanías de los mercados revelaba al fisonomista Walter Benjamin que el contenido de sus maletas —manus-

critos y juguetes— permanecerían más allá de su muerte. Él, que vivió en una era donde los manuscritos eran cosas y podían perderse (incluso para siempre), se aferró a sus maletas. Para proteger sus escritos, pero también para conservar sus juguetes y colecciones. Será otra ciudad, París, con su arquitectura, sus costumbres, sus objetos y su literatura la que le lleve a describir la modernidad como ensoñación colectiva.

BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, Theodor (1955), «Introducción a los *Escritos* de Benjamin», en *Notas sobre Literatura, Obra completa, 11*, Akal, Madrid, 2003, pp. 548-562.
- (1966), «El Benjamin epistolar», en *Notas sobre Literatura, Obra completa, 11*, Akal, Madrid, 2003, pp. 563-570.
- BENJAMIN, Walter (1950), «Tiergarten», en *Infancia en Berlín hacia 1900*, Alfaguara, Madrid, 1982.
- (1980), *Diario de Moscú*, Taurus, Madrid, 1988.
- (1982), *Libro de los Pasajes*, Akal, Madrid, 2005.
- BUCK MORSS, Susan (1989), *Dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de los Pasajes*, Visor, Madrid, 1995.
- SCHOLEM, Gershom (1975), *Walter Benjamin, Historia de una amistad*, De Bolsillo, Barcelona, 2007.
- (1983), *Walter Benjamin y su ángel*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003.
- WITTE, Bernd (1985), *Walter Benjamin, Una biografía*, Gedisa, Barcelona, 2002.